

Las fuentes clásicas en el ‘Discurso de la Edad de Oro’ del *Quijote*¹

Ángel J. Traver Vera
Universidad de Extremadura

I.- INTRODUCCIÓN

El discurso de la Edad de Oro junto con el de ‘las armas y las letras’ es uno de los pasajes más conocidos del *Quijote*. En él Cervantes abordó el tema de ‘todo tiempo pasado fue mejor’ según el recurso renacentista de la *imitatio*. El mito que por excelencia recogió este tema universal en la literatura grecolatina fue el de la Edad de Oro. La tradición judaica, en cambio, le dio forma en el Paraíso Terrenal (*Génesis* II 5-25)². El mito llegó a ser un tópico literario³, dado que sobre él escribieron reiteradamente muchos autores clásicos desde Hesíodo. A lo largo de la Antigüedad, este *locus communis* fue adquiriendo una identidad propia y acabó incorporando algunos motivos peculiares.

¹ La realización de este artículo ha sido posible gracias a una beca de investigación concedida por la Consejería de Educación y Juventud de la Junta de Extremadura para la elaboración de una tesis titulada “Lucrecio en España”. Quisiera agradecer al profesor Gabriel Laguna Mariscal las sugerencias críticas al esbozo de este artículo.

² Sobre las conexiones temáticas entre el mito grecolatino de la Edad de Oro y el Edén bíblico, *vid.* S. Benko, “Virgil’s fourth eclogue in Christian interpretation” en H. Haase (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt II* 31. 1, Berlin-New York: Walter de Gruyter, 662-69; I. Rivers, “The golden age and the garden of Eden”, en *Classical and Christian ideas in English Renaissance poetry. A student’s guide*, London-New York: Routledge, 1994², 9-19 y 193-94, y E. Carpenter, “Myth of the Golden Age”, en *The origins of pagan and Christian beliefs*, London: Senate, 1996 (= London: George Allen & Unwin Ltd., 1920), 137-53.

³ La bibliografía sobre este tópico es abundantísima. El *locus classicus* sobre el tema es la monografía de A. O. Lovejoy and G. Boas, *Primitivism and related ideas in Antiquity*, New York: Octagon Books, 1980⁴ (= 1935), 23-102. Muy interesante es también el artículo de V. Cristóbal López, “Edad de Oro, lugar ameno y vida feliz en Fedra, 483-564”, *Cuadernos de Filología Clásica* 16 (1979-1980), 155-76. Sobre su pervivencia en el Renacimiento, léanse H. Levin, *The myth of the Golden Age in the Renaissance*, New York: Oxford UP, 1969, y G. Costa, *La leggenda dei secoli d’oro nella letteratura italiana*, Bari: Laterza, 1972. El discurso ha sido objeto de numerosos estudios. He aquí algunos: Ch. B. Moore, “El carácter conflictivo del *locus amoenus* y de la Edad Dorada en el *Quijote*”, *Letras de Deusto* 23 (1993); H. Larose, “Quelques mots à propos du discours de Don Quijote aux chevaliers: l’Âge d’Or”, *Les Langues Néolatines* 88 (1994), 81-91; E. L. di Santos, “Análisis de los discursos sobre la edad dorada y las armas y las letras”, en M. Criado de Val (ed.), *Cervantes: su obra y su mundo. Actas del Primer Congreso Internacional sobre Cervantes*, Madrid: Edi-6, 1981, 71-90, y P. N. Dunn, “Two classical myths in *Don Quijote*”, *Renaissance and Reformation* 9 (1972), 2-10. Para el estudio de sus fuentes clásicas y renacentistas recomiendo la lectura del riguroso artículo de G. L. Stagg, “*Illo tempore: Don Quijote’s Discourse on the Golden Age and its antecedents*”, en Juan Bautista Avall-Arce (ed.), *La Galatea de Cervantes cuatrocientos años después (Cervantes y lo pastoril)*, Newark: Juan de la Cuesta, 1985, 71-90. Es también de gran utilidad el capítulo VI de J. A. Maravall, “La utopía del buen discurso”, en su obra *Utopía y contrautopía en el ‘Quijote’*, Madrid: Ed. Pico Sacro, 1976, 169-235.

Algunos de estos motivos, como el denuesto de la riqueza o el desprecio de la navegación, eran también tópicos independientes de gran raigambre en la literatura antigua⁴. Así pues, la descripción de la *aetas aurea* constituía una fuente de inspiración riquísima, muy atractiva para los escritores clásicos. Era, en definitiva, un arsenal de argumentos con los que podían demostrar sus dotes retóricas al tiempo que criticaban, de costumbre, los vicios de su sociedad contemporánea. Esa abundancia exige organizar previamente todo ese patrimonio literario a fin de analizar cabalmente un texto tan colmado de clasicidad como el discurso de la edad de oro del *Quijote*. Por esta razón, ofrecemos un resumen de los motivos temáticos sobre los que se sustenta el tópico grecolatino⁵. Éste es el esquema:

Motivos fundamentales del tópico de la Edad de Oro:

- 1.- El comunismo primitivo.
 - Inexistencia de la propiedad privada.
 - Comunidad de los bienes.
 - Imposibilidad de heredar.
- 2.- La justicia social.
 - Reinado de Astrea, Justicia o Saturno.
 - Ausencia de jueces y leyes.
 - Disfrute de una vida pacífica.
- 3.- El *αὐτόματος βίος*.
 - Los árboles destilan miel.
 - Los ríos corren abundantes bien de leche o bien de agua cristalina.
 - La tierra produce cosechas sin ser labrada.
- 4.- El denuesto de las riquezas.
 - La avaricia acabó con aquella edad idílica.
 - Inexistencia de la minería.
 - Ausencia del lujo.
 - La mujer no se enamoraba del dinero.

⁴ Sobre la tradición del tópico del denuesto de la riqueza puede leerse mi Tesis de Licenciatura (inédita, pero disponible en la Biblioteca Central del Campus de Cáceres), *El tópico del denuesto de la riqueza desde la tradición grecolatina hasta los Siglos de Oro en España*, 1996. Para el *locus communis* del desprecio de la navegación léase T. Heydenreich, *Tadel und Lob des Seefahrt*, Heidelberg: Carl Winter Universitätsverlag, 1970, 41-47, y el artículo de G. Laguna Mariscal, «Literatura Comparada y Tradición Clásica: Quevedo y sus fuentes clásicas», *Anuario de Estudios Filológicos* 17 (1994), 283-93, esp. 287-93.

⁵ Los escritores renacentistas conocían sobradamente los motivos propios de cada *locus communis*, no sólo por la asidua lectura de los modelos clásicos, sino también por su método de estudio. Los humanistas más prestigiosos (Luis Vives, Rodolfo Agrícola o Erasmo de Rotterdam) postularon la anotación en cuadernos personales de fragmentos emblemáticos, clasificados por tópicos. Sobre esta práctica, *vid.* Ann Moss, *Printed commonplace-books and the structuring of Renaissance thought*, Oxford: Clarendon Press, 1996, 101-33, así como la contribución de G. Laguna Mariscal impreso en este mismo libro.

5.- El ψόγος ναυτιλίας o desprecio de la navegación.

- Inexistencia de la navegación.
- El hombre no buscaba otras tierras para explotárlas.
- Inexistencia del comercio mercantil.

La versión cervantina respeta en líneas generales estos puntales esenciales del tópico, aunque es curioso que un discurso tan largo y detenido sobre la edad de oro se olvide de despreciar la navegación, un motivo habitual en el tópico⁶. En la disertación se atisban multitud de expresiones heredadas, sin que por ello deje de ser una versión personalísima de Cervantes. Es, de este manera, un ejemplo notable de la tensión característica de la literatura renacentista entre tradición y originalidad.

Ahora, antes de acometer un rastreo de fuentes -ante todo clásicas-, será conveniente leer el texto.

No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar y mirar a sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso, más duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba, en esto, ocioso el cuerno, porque andaba a la redonda tan a menudo, ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano y, mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones:

- Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas,

⁶ Tal vez, el desprecio de la navegación resultaba a Cervantes anacrónico, pues España experimentaba entonces, con el descubrimiento de América gracias a sus éxitos marítimos, una época de esplendor. De otra parte, el tópico reverdeció gracias al contacto con los primitivos pueblos del nuevo continente, que llevaban en muchos aspectos una existencia sencilla, similar a la de aquella utópica edad. Sobre este tema *vid.* J. A. Maravall, *op. cit.*, 170-2, M. Yruela, "La edad de oro: raíces diversas de la épica colombina del XVI en lengua latina", en J. Gil y J. M. Maestre, *Humanismo latino y descubrimiento*, Sevilla-Cádiz: Univ. de Sevilla y Cádiz, 1992, 186-97, y Antonio Antelo, "El mito de la Edad de Oro en las letras hispanoamericanas", *Thesaurus* 30 (1975), 81-112.

ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornocos despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella sin ser forzada ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese, hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, sola y señera, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento le menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Por cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el gasaje y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero. Que aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía, por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que, con la voluntad a mí posible, os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien escusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los cabreros, que, sin respondelle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho asimesmo callaba y comía bellotas, y

visitaba muy a menudo el segundo zaque, que, por que se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque.⁷

II.- ESTRUCTURA

El pasaje leído constituye una unidad clara dentro del capítulo XI de la primera parte, titulado “De lo que sucedió a don Quijote con unos cabreros”. Podría proponerse la siguiente estructuración:

A.- Prolegómeno del discurso (líneas 1-8).

A. 1.- Descripción de la cena pastoril (líneas 1-6a).

A. 2.- *Causa eloquentiae*: las bellotas (líneas 6b-8).

B.- Discurso de la Edad de Oro (líneas 9-45).

B. 1.- Alabanza de la Edad de Oro (líneas 9-36a).

B. 2.- Vituperio de la actual Edad de Hierro y necesidad de la caballería (líneas 36b-45).

C.- Cierre anular (*ring composition*) con la vuelta a la cena y la mención a las bellotas (líneas 46-50).

III.- LAS FUENTES LITERARIAS DEL DISCURSO DE LA EDAD DE ORO DEL QUIJOTE.

Los prolegómenos del discurso presentan una cena pastoril donde los invitados, Sancho y don Quijote, y los anfitriones, los pastores, comen unos tasajos de carne, un poco de queso, duro como una piedra, y muchas bellotas avellanadas que fueron tendidas sobre pieles de oveja (zaleas). De beber toman abundante vino en un cuerno que sirve a todos comensales de copa. Esta cena rústica, abastecida con los alimentos típicos de los cabreros, trae a la memoria del hidalgo la *sancta simplicitas* con la que vivían los hombres en la mítica Edad de Oro. Pero es, sin duda, la gran cantidad de bellotas el acicate definitivo para que el hidalgo comience su retórico encomio de aquella bienaventurada edad, como el propio Cervantes recordará al final: “Toda esta arenga (que se pudiera muy bien escusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron trujeron a la memoria la edad dorada,...” (líneas 46-47).

Ya Hesíodo (*fl. ca* S. VIII a. C.), que fue el *πρῶτος εὐρετής* o primer introductor del tópico en poesía⁸, asoció indisolublemente la labor ganadera a la Edad de Oro. Desde entonces, la poesía bucólica y, posteriormente, la novela pastoril recrean este mundo idílico situándolo imaginariamente, de ordinario, en la Arcadia, pues en esta región peloponesa,

⁷ Texto según la edición del Instituto Cervantes (dtor. Francisco Rico), *Miguel de Cervantes: Don Quijote de la Mancha*, Barcelona: Ed. Crítica, 1998, 120-24.

⁸ Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, Madrid: Gredos, 1988⁴ (= 1975), 113.

eminentemente ganadera, se conservaba todavía la inocencia de aquella pretérita edad⁹. El poeta beocio también mencionó por primera vez las bellotas como alimento prototípico de la generación áurea, en los versos 118b-20 y 232-33 de su obra *Los trabajos y los días*.

Virgilio vinculó también la vida campesina a aquella época paradisíaca, pues la diosa Justicia que gobernaba *in illo tempore* a toda la humanidad, al abandonar la tierra tras haber sido ultrajada, dejó los últimos vestigios de la Edad de Oro entre los labriegos y los ganaderos. Así se pone de manifiesto en su *makarismós* de los agricultores, especialmente, en *Geórgicas* II 458-60 y, a continuación, en los versos 471-74:

O fortunatos nimium, sua si bona norint,
agricolas! quibus ipsa procul discordibus armis
fundit humo facilem uictum iustissima tellus.
Verg. *Georg.* II 458-60.

...illic saltus ac lustra ferarum
et patiens operum exiguoque adsueta iuventus,
sacra deum sanctique patres; extrema per illos
Iustitia excedens terris uestigia fecit.
Verg. *Georg.* II 471-74.

En la tradición latina perviven numerosos fragmentos que refieren la bellota como sustento diario de los hombres de la edad dorada. Así lo muestran, por ejemplo, Virgilio y Ovidio:

1.-Virgilio, *Geórgicas* I 7-8:

Liber et alma Ceres, uestro si numere tellus
Chaoniam pingui glandem mutauit arista,

2.- Ovidio, *Metamorfosis* I 103-6:

contentique cibus nullo cogente creatis
arbuteos fetus montanaque fraga legebant
cornaque et in duris haerentia mora rubetis
et, quae deciderat patula louis arbore, glandes.

⁹ Para la vinculación de la Arcadia con la Edad de Oro, vid. E. Frenzel, *Diccionario de motivos de la Literatura Universal*, Madrid: Gredos, 1980, 22-27.

Estructuralmente la arenga comienza con un elogio de la *aetas aurea* (líneas 9-36a) y deriva al final (líneas 36b-45) hacia el vilipendio de su época, estimada por el hidalgo como férrea y degenerada. Por este motivo, se instituyó la caballería andante. Con esta crítica culmina substancialmente la exposición de la edad dorada. El paso de una edad a otra era habitual desde las versiones latinas del tópico, pues Virgilio y Tibulo, por ejemplo, redujeron las cinco razas míticas de Hesíodo a estas dos, la dorada y la de hierro, sin que por ello se menoscabase el objeto final del mito: comparar la dicha antigua con las desgracias del presente¹⁰. Ese tránsito temporal está marcado en el discurso cervantino gracias a las expresiones “Dichosa edad y dichosos siglos aquellos a quien los antiguos...” (línea 9) y “ahora, en estos nuestros detestables siglos...” (línea 36b). Además esta caída de la alocución hacia el menosprecio de los tiempos presentes va vislumbrándose con las comparaciones del tipo “y no eran sus adornos los que ahora se usan” (línea 25), “iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas” (líneas 27-28) y “que tanto ahora la menoscaban” (línea 32).

Desde el punto de vista temático, el discurso incardina gran parte de la parafernalia temática de la Edad de Oro sin un orden preciso, con la misma aleatoriedad que los arquetipos latinos y renacentistas más conspicuos: Virgilio, *Égloga* IV, versos 18-45; Ovidio, *Metamorfosis* I, versos 89-150; Séneca, *Epistulae* XC; el capítulo XXXI del *Libro llamado reloj de príncipes* de Fray Antonio de Guevara, el *Aminta* de Torquato Tasso o *Il vendimmiatore* de Luigi Tansillo. En general, los autores latinos como los renacentistas imbricaban unos motivos sobre otros, ya que muchos por naturaleza eran compatibles. Así, por ejemplo, un autor podía denostar la riqueza al tiempo que menospreciaba la avaricia de los mercaderes o bien justificar la comunidad de bienes a causa del automatismo de la tierra¹¹. Pese a esa costura temática, hemos preferido encasillar lo mejor posible el discurso según motivos para estudiar los posibles ecos clásicos. Esta sería una posible clasificación:

a) El comunismo primitivo:

¹⁰ Desde Hesíodo esta época idílica se contrapone, especialmente, a la Edad de Hierro, tiempo ingrato que coincide siempre con la época que les ha tocado vivir a los poetas. De ahí que casi siempre su relato contenga una crítica condenatoria contra el tiempo actual. Esta diatriba contra el presente está recogida o sugerida en los modelos latinos más próximos a Cervantes (Virgilio *Égloga* IV, *Geórgicas* I 125-46, II 458-540, Ovidio *Metamorfosis* I 89-112, Séneca *Fedra* 483-564, *Epístolas* XC, pseudo-Séneca *Octavia* 397-406, u Horacio *Epodos* XVI) y suele alcanzar el clímax con una acusación contra el afán de riquezas del tipo *amor successit habendi* (cf. Virgilio *Eneida* VIII 327), *sceleratus amor habendi* (Ovidio *Metamorfosis* I 131), *auri fuit / caecus cupido* o *impius lucri furor* (cf. Séneca *Fedra* 527-20 y 540).

¹¹ Un ejemplo del primer supuesto puede leerse entre los versos I 131-36 de las *Metamorfosis* de Ovidio, en los versos 527-31 de *Fedra* de Séneca o en la elegía I 3, 37-40 de Tibulo; del segundo, en la epístola XC 37-38 de Séneca.

Inexistencia de la propiedad privada y comunidad de los bienes

- Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes:... (líneas 9-12a)

El *makarismós* ("Dichosa edad y siglos dichosos") está dirigido a la Edad de Oro y es casi la misma hendíadis que usara don Quijote en el capítulo II de la primera parte ("Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde...") para bendecir al futuro siglo que viera impresas sus hazañas. En latín existen muchas expresiones similares. Plinio el Joven en *Epístolas* VI 26, 3 dice: *felix tempus illud, quo...*; en el *Laus Pisonis* 159 se dice *Felix illa dies totumque canenda per aevum...*; pero el fragmento latino más cercano es el de Séneca el Filósofo en *Epístolas* XC 9, más si cabe, cuando está inserto en uno de los textos más leídos sobre la Edad de Oro. Dice así: *Mihi crede, felix illud saeculum ante architectos fuit, ante tectores*. Con todo, la peculiar hendíadis así como la combinación de "edad" y "siglo" seguramente están inspiradas en la expresión de Antonio de Guevara (*Rejoj de príncipes* I 31) "En aquella primera edad y en aquel siglo dorado"¹².

El fragmento es un ejemplo notorio de *contaminatio*. Llama la atención que la proposición relativa "a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados" contenga, de una parte, un eco semántico palmario de Ovidio, *Metamorfosis* XVI 96: *At vetus illa aetas, cui fecimus aurea nomen*; y, de otra parte, un eco sintáctico obvio de los versos I 656-70 pertenecientes al *Aminta* del renacentista italiano Torquato Tasso (Cremona, 1580). Según la traducción poética del sevillano Juan de Jáuregui (Roma, 1607) el poeta italiano se expresaba de la forma siguiente: "Oh bella Edad de Oro venturosa, / no porque miel el bosque distilaba / y de las fuentes leche se vertía; / no porque dio sus frutos abundosa / la tierra, que el arado no tocaba / ni venenosa sierpe consentía; /... mas sólo porque entonces este vano,... (versos 602-615)¹³. La adversación de las proposiciones causales procede, sin duda, de este modelo italiano.

La frase "y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna" explota un juego de palabras, porque resulta paradójico llamar dorada a una edad que no ambiciona este noble metal y

¹² G. L. Stagg, *op. cit.*, 81. Muchos de los posibles influjos aquí analizados están recogidos en el espléndido artículo de Stagg, pero otros no. En lugar de citar todas las reminiscencias ya apuntadas por él hemos preferido notar sólo las más relevantes.

¹³ Tomamos los fragmentos de este autor según la edición de Joaquín Arce, *Juan de Jáuregui: Aminta traducido de Toquato Tasso*, Madrid: Editorial Castalia, 1970.

tildar de férreo el tiempo presente, cuando busca infatigablemente el oro. Esta misma paradoja y juego de palabras se halla en Ovidio, *Ars amatoria* II 277-78: *aurea sunt uere nunc saecula: plurimus auro / venit honos, auro conciliatur amor.*

A este desprecio de la riqueza, sigue una perífrasis sobre el comunismo primitivo: “los que vivían en ella ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes”. La asociación de los posesivos procede del *De claris mulieribus* de Boccaccio: *hinc meum et tuum venit in medium, nomina quidem inimica pacis publice et private.* No obstante, es seguramente un eco de la frase de Lorenzo de Medici “né conosceva el mundo ‘tuo’ o ‘mio’” que aparece en su obra *Selve d’amore* II 84, 8 (Venecia, 1515), o bien de la de Luigi Tansillo “Non avea il mondo allor, nè mio, nè tuo” recogida en su obra *Il vendimmiatore* XXVI, 1 (Venecia, 1549)¹⁴.

Ovidio en *Metaformosis* I 135-36 manifiesta que la propiedad de la tierra era común *in illo tempore* como el aire y la luz: *communemque prius ceu lumina solis et auras / cautus humum longo signauit limite mensor.* Séneca en *Epístolas* CX 38 afirma también que en la edad dorada los hombres *in commune rerum natura fruebantur.* Otras expresiones similares están presentes en pseudo-Séneca *Octavia* 403: *communis usus omnium rerum fuit,* y en Claudio Claudiano *In Rufinum* I 380-1: *tum tellus communis erit, tum limite nullo / discernetur ager.*

b) El αὐτόματος βίος:

Los árboles destilan miel y los ríos corren abundantes de leche o de aguas cristalinas

...a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas¹⁵, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo... (líneas 12b-19a).

¹⁴ G. L. Stagg, *op. cit.*, 82.

¹⁵ Esta expresión parece original de Cervantes y encierra con gran elegancia la opinión antigua de que las abejas formaban una sociedad semejante a la humana. Para el tema, cf. Martín de Riquer (ed.), *Sebastián de Covarrubias: Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Barcelona: Ed. Alta Fulla, 1987 (s. v. [abeja]).

En las primeras líneas (12b-16a) el hidalgo alude a los tres alimentos esenciales de los hombres áureos: la bellota, el agua y la miel. Tibulo mencionó a las bellotas y al agua en su elegía II 3, 68-69: *glans alat et prisco more bibantur aquae*; también el renacentista Torquato Tasso en su *Amintas* I 111-15 alude a estos dos alimentos esenciales. Dice así la traducción de Juan de Jáuregui en los versos 124-29: "Así la gente, que habitó primero / en el mundo que aún era simple infante, / tuvo por dulce y buen mantenimiento / agua y bellotas; ya bellotas y agua / es manjar y bebida de animales / por ser puestas en uso uvas y trigo". Es curioso como Hesíodo parece sugerir la recogida de las bellotas en la copa misma del árbol y la existencia de enjambres en el medio hueco de las encinas, ambas ideas prosificadas en la pintura de Cervantes. Ovidio, siendo un modelo más próximo, en *Metamorfosis* I 104-6 expresa que las bellotas se recolectaban en el suelo: *legebant... / et quae deciderant patula Iovis arbore glandes*. El sintagma "en el hueco de los árboles" puede estar contaminado de dos versos. El primero, *in quercu mella reperta cava*, pertenece a Ovidio, *Amores* III 8, 40; el segundo, *mella cava manant ex ilice*, proviene de Horacio, *Epodos* XVI 47. El epíteto de "robustas encinas" puede ser un influjo de Virgilio *Égloga* IV 30: *et durae quercus sudabunt roscida melle*. Por su parte, la unión de "las fuentes y los ríos" se encuentra por primera vez expuesta en la pintura de la Edad de Oro en Lucrecio *De rerum natura* V 945-6: *At sedare sitim fluvii fontesque uocabant, / ut nunc montibus e magnis decursus aquai...*¹⁶, que fue posiblemente imitado por Horacio en sus versos *....montibus altis / levis crepante lymphæ desilit pede* (*Epodos* XVI 47b-48). Pero resultan más similares algunos fragmentos de renacentistas italianos. Así, por ejemplo, Lorenzo de Medici dice "acque correnti dolci, chiare e liete en *Selve d'amore* II 85, 7"¹⁷.

Las líneas 16b-19a son en su parte final una emulación manifiesta del pasaje senequiano de *Epístolas* XC 10: *Furcae utrimque suspensae fulciebant casam: spissatis ramalibus ac fronde congesta et in proclive disposita decursus imbribus quamvis magnis erat*.

La tierra producía cosechas sin ser labrada...aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella sin ser forzada ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese, hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían (líneas 20b-22a).

¹⁶ La recepción de la obra de Lucrecio se inicia en Europa cuando Poggio Bracciolini (1380-1459) descubre en 1417 un manuscrito de dicho autor en un monasterio alemán, seguramente Murbach. La *editio princeps* tiene lugar en 1473 (Brescia) y tras la edición comentada de Dionisio Lambino (París, 1563) su obra conoció una enorme difusión por toda Europa. Este éxito queda corroborado por la inclusión de muchos pasajes de su *De rerum natura* en repertorios misceláneos como el de Octaviano Mirándula, *Illustrium poetarum flores*, *Apud Fratres de Gabiano, Lugduni*, 1594.

¹⁷ Cf. G. Stagg, *op. cit.*, 84.

El paralelo léxico más cercano a la imagen de 'la pesada reja del corvo arado' se lee de nuevo en Lucrecio, *De rerum natura* I 313b-14: *uncus aratri / ferreus occulte decrescit uomer in aruis*, si bien en un contexto ajeno a la Edad de Oro; pero en el libro V 933-38 reaparece "el corvo arado" en el contexto de la *aetas aurea*: *Nec robustus erat curui moderator aratri / quisquam, nec scibat ferro molirier arua / nec noua defodere in terram uirgulta neque altis / arboribus ueteres falcibuꝛ ramos. / Quod sol atque imbres dederant, quod terra crearat / sponte sua, satis id placabat pectora donum*. Los hexámetros lucrecianos influyeron, a buen seguro, en los versos 39-41 de la *Égloga* IV de Virgilio: *...omnis feret omnia tellus. / Non rastros patietur humus nec uinea falcem; / robustus quoque iam tauris iuga soluet arator*, y en los versos 101-2 de libro I de las *Metamorfosis* de Ovidio: *Ipsa quoque immunis rastroque intacta nec ullis / saucia uomeribus per se dabat omnia tellus*. Uno y otro texto constituyen también antecedentes clásicos del motivo. Pero el más parejo es, a nuestro entender, el fragmento de Ovidio, *Amores* III 8, 39: *at meliora dabat curuo sine vomere fruges*.

Algunas locuciones presentan de forma aislada analogías semánticas relevantes con otras latinas. Es el caso, por ejemplo, de "abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre" que recuerda la frase de pseudo-Séneca, *Octavia* 416-17a, aunque referida al motivo de la ausencia de la minería: *sed in parentis uiscera intrauit suae / deterior aetas*, o la de Ovidio *Metamorfosis* I 137-38: *nec tantum segetes alimenta que debita diues / poscebatur humus, sed itum est in uiscera terrae*,... Sin embargo, una glosa a las *Metamorfosis* de Ovidio hecha por Pedro Sánchez de Viana, quien publicó una traducción de esta popular obra (Valladolid, 1589), parece haber sugerido la imagen a Cervantes. Ésta reza así: "Y sin romperla las entrañas puras / Arándose, la misma tierra daba / frutos y frutas dulces y maduras"¹⁸. Lucrecio, por su lado, habló en un pasaje de la edad primigenia (*De rerum natura* V 795-96) de la tierra como merecedora del nombre de madre: *Linquitur ut merito maternum nomen adepta / terra sit, e terra quoniam sunt cuncta creata*. Por último, el sintagma "sin ser forzada" parece un calco léxico del ovidiano *nullo cogente* (*Metamorfosis* I 103).

c) La justicia social:

El disfrute de una vida pacífica

Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia:... (líneas 19b-20a)

El motivo de una paz duradera está bien atestiguado en Seneca, *Epístolas* XC 26, uno de los modelos más cercanos a Cervantes: *...Non arma nec muros nec bello utilia / molitur: paci favet et genus humanum ad concordiam vocat*. Virgilio en *Eneida* VIII 325

¹⁸ Cf. J. A. Maravall, *op. cit.*, 228-29, n. 7.

recuerda asimismo que Saturno, garante como la diosa Astrea y Justicia de la paz, cuidaba de que hubiese paz: *...sic placida populos in pace regebat.*

La ausencia de jueces y de leyes

No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado... (líneas 30b-34a)

La fuente más próxima de las líneas 31b-32b está en los versos 129-31 del libro I de las *Metamorfosis*: *omne nefas, fugitque pudor uerumque fidesque; / in quorum subiere locum fraudesque dolusque / insidiaeque et uis et amor sceleratus habendi.* Los ecos léxicos son palpables, puesto que tres de los sustantivos fundamentales se suceden en el mismo orden: *fraudes* (fraude), *dolos* (engaño) y *insidiae* (malicia). El motivo de la ausencia de jueces y leyes se explicaba en las descripciones de la edad dorada porque los dioses Saturno, Astrea o Justicia garantizaban con una convivencia entre los humanos una vida sin crímenes ni delitos. El tema está a menudo relacionado con el denuesto de la riqueza. La actitud avara de esta venerable institución fue reprochada ya por Hesíodo en los versos 220-21 de *Los trabajos y los días*. Los versos 49-50 de la elegía III 13 de Propertio denuncian también la venalidad de la justicia poco después de una evocación de la Edad de Oro: *Auro pulsa fides, auro uenalia iura, / aurum lex sequitur, mox sine lege pudor.*

d) Denuesto de la riqueza:

La ausencia del lujo: la sobriedad en el vestido

Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado (líneas 22b-28a).

Juvenal afirmó en su *Sátira VI* 1-2 que el pudor se cuidaba mientras rigió Saturno aquel tiempo dichoso: *Credo Pudicitiam Saturno rege moratam / in terris uisamque diu.* No obstante, los paralelos más cercanos, seguramente, proceden de la literatura renacentista

italiana. *Il vendimmiatore* (XXXVII 3-7) de Luigi Tansillo y el *Aminta* (I 688-91) de Torquato Tasso elogiaban la cándida desnudez de las mujeres. Según la traducción de Juan de Jáuregui, decía así Torquato Tasso: "Entonces por el agua y por las flores / iban con dulces bailes retozando los Cupidillos sin aljaba o lazo; sentábanse las ninfas y pastores, / caricias mil al razonar mezclando, y a las caricias uno y otro abrazo; de velo ni embarazo / jamás cubrió sus rosas encarnadas la pastorcilla, ni la pura frente; / desnudo juntamente su blanco pecho y pomas delicadas; / y a menudo en el agua detenida / triscar se vió el amante y su querida".

La diatriba contra los vestidos lujosos está ampliamente documentada en la elegía erótica latina. En general, los poetas elegíacos añoran la sencillez de vestimenta de los tiempos dorados, pues sus avaras amantes se entregan a los pretendientes ricos que les regalan, entre otras cosas, vestidos caros¹⁹. Este desprecio por las ropas fastuosas se expresa en la elegía de Tibulo II 3, 76: *horrída uillosa corpora ueste tegant*. Séneca en *Epístolas* XC 15 y 16 menosprecia los vestidos de seda y hace alusión también a los vestidos prototípicos de la edad dorada: *posse nos uestitos sine commercio sericorum?* (15); y *non pelles ferarum et aliorum animalium a frigore satis abunde defendere queunt? non corticibus arborum pleraeque gentes tegunt corpora?* (16).

e) Vituperio de la retórica:

Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos (líneas 28b-30a).

En estas líneas Cervantes reelabora el viejo tema del denuesto de la retórica. En las descripciones grecolatinas de la edad dorada no está documentado este motivo, aunque era fácilmente aplicable en su narración, pues era un tiempo donde el engaño no tenía cabida y a la retórica se le recriminaba desde antiguo esto mismo: su capacidad embaucadora, de engañar. Esta repulsa de la artificiosidad en las palabras fue tratada por Platón en *Fedro* y en *Gorgias*, quien opinaba que la retórica era el arte de la seducción de las almas ($\psi\upsilon\chi\alpha\gamma\omega\gamma\acute{\iota}\alpha$)²⁰. En la tradición latina puede leerse esta misma disquisición en la epístola LXXV de Séneca. También Ovidio en su *Ars amatoria* I 459-66 recomendaba no abusar de la retórica en las relaciones amorosas: *quam populus iudexque grauis lectusque*

¹⁹ Sobre la avaricia de las amantes de los poetas elegíacos latinos, léase F. Navarro Antolín, "Ingenium dominae lena mouebit anus. La auara puella en los Amores de Ovidio (I 8, I 10, III 5 y III 8)", en J. L. Arcaz, G. Laguna Mariscal y A. Ramírez de Verger (eds.), *La obra amatoria de Ovidio: aspectos textuales, interpretación literaria y pervivencia*, Madrid: Ediciones Clásicas, 1996, 65-94.

²⁰ Cf. B. Vickers, "Plato's attack on Rhetoric", en *In defence of Rhetoric*, Oxford: Clarendon Press, 1989², 83-147, y L. Pernot, *La rhétorique de l'éloge dans le monde grecorromain. Tome II: Les valeurs*, Paris: Institut d'Études Augustiniennes, 1993, 500-5.

senatus, / tam dabit eloquio uicta puella manus. / sed lateant uires, nec sis in fronte disertus, / effugiant uoces uerba molesta tuae! / quis, nisi mentis inops, tenerae declamat amicae? / saepe ualens odii littera causa fuit. / sit tibi credibilis sermo consuetaque uerba, / blanda tamen, praesens ut uideare loqui.

III.- CONCLUSIÓN

La asignatura básica durante el Renacimiento español fue el latín. Los escolares iniciaban su aprendizaje en torno a los 8 ó 9 años, poco después de haber asimilado los conocimientos esenciales de la lengua vernácula. Las *Escuelas de Gramática*, que eran el medio más asequible de formación para el pueblo llano, proliferaron en toda España y fomentaron el estudio del legado literario clásico. Esta sólida formación latina favorecía que los alumnos, desde su infancia, se familiarizaran con un repertorio antológico de textos latinos. Cervantes, como los demás escritores auriseculares, fue formado en esta tradición cultural. En este ambiente propicio, las obras clásicas junto con las del renacimiento italiano eran, después de los libros de teología o religión, las más leídas en la intimidad, como demuestran los catálogos de las bibliotecas de la época. Así pues, este poso de lecturas, emprendidas desde la niñez, aflora en las composiciones del Renacimiento español fácilmente. Cervantes utilizó esta herencia clásica para componer su discurso de la Edad de Oro, y la abundancia de sus imitaciones se debe, sin duda, al éxito del tópico y al hecho de que las *Metamorfosis* de Ovidio, las obras de Virgilio y las *Epístolas* de Séneca fueran textos escolares²¹.

²¹ Sobre la educación en España durante el Renacimiento vid. R. García Cárcel, *Las culturas del Siglo de Oro*, Madrid: Historia 16, 1999, 180-202. Para los libros más leídos durante el mismo período, léase también R. García Cárcel, *op. cit.*, 113-202, P. Ruiz Pérez y A. Rojas Pérez, *Libros y lecturas de un poeta humanista: Fernando de Herrera (1534-1597)*, Córdoba: Univ. de Córdoba, 1997, 75-133, y M. Fernández Álvarez, "Renacimiento y humanismo", en *Gran historia universal. Vol VI. Renacimiento y Humanismo*, Madrid: Club Internacional del Libro, 1988, 125-129.